

TONY JUDT

Israel: la alternativa

El proceso de paz en Oriente Medio se ha extinguido. No murió, fue abatido. Mahmoud Abbas, ex primer ministro palestino, vio como el presidente de la Autoridad Palestina minaba su poder mientras era humillado por el primer ministro israelí. Ante su sucesor se abre un destino parecido. Israel sigue burlándose de su patrono estadounidense, construyendo asentamientos ilegales con un desprecio cínico hacia la Hoja de Ruta. El presidente de EEUU ha visto reducido su papel al de un muñeco de ventrílocuo que recita el argumento político del gabinete israelí: “toda la culpa la tiene Arafat”. Los israelíes esperan resignados al próximo terrorista suicida. Los árabes palestinos, acorralados en bantustanes de menguantes dimensiones, sobreviven gracias a las ayudas de la Unión Europea. Ante el horizonte, repleto de cadáveres, del Creciente Fértil,¹ tanto Ariel Sharon, Yasser Arafat como un grupo de terroristas son capaces de proclamar la victoria, y así lo hacen. ¿Será éste el fin del camino? ¿Qué se puede hacer?

Al comienzo del siglo XX, en el crepúsculo de los imperios continentales, los pueblos sometidos al poder europeo soñaban con crear “Estados nacionales”; patrias territoriales en las que los polacos, checos, serbios, armenios, entre otros, pudiesen vivir en libertad, ser maestros de su propio destino. Cuando los imperios de los Habsburgo y de los Romanov se derrumbaron tras el fin de la I Guerra Mundial, sus líderes aprovecharon la ocasión. Surgieron una multitud de nuevos Estados; y lo primero que hicieron fue beneficiar a sus mayorías nacionales, “étnicas” —definidas en términos del idioma, la religión y/o la antigüedad—, a costa de minorías locales consideradas inconvenientes que se vieron consignadas a un estatuto de segunda categoría —extranjeros con residencia permanente en su propio hogar—.

¹ El llamado Creciente Fértil es la zona geográfica, en forma de media-luna, que, partiendo desde el Golfo Pérsico, asciende siguiendo el curso del Eufrates a través de Mesopotamia, para descender después por la costa mediterránea hasta el País del Nilo. Corresponde a los actuales Estados de Irak, Siria, Turquía, Líbano, Israel, Jordania, prolongándose hasta Egipto. (N. de la Ed.)

Tony Judt es director del Remarque Institute de la Universidad de Nueva York. Este artículo fue publicado en *The New York Review of Books*, el 23 de octubre de 2003, Vol. 50, N° 15, cuenta con autorización para su reproducción.

Traducción:
Leandro Nagore

Pero un movimiento nacionalista, el sionismo, vio truncadas sus ambiciones. El sueño de un hogar nacional judío de dimensiones adecuadas en el seno del difunto Imperio Turco, tuvo que esperar a la retirada del Imperio Británico: un proceso que tardaría más de tres décadas y una II Guerra Mundial. Hasta 1948 no se pudo establecer un Estado nacional judío en lo que fuera la Palestina otomana. No obstante, los fundadores del Estado judío habían recibido las mismas influencias, en cuanto a conceptos y categorías, que sus contemporáneos de fin de siglo en Varsovia, Odessa o Bucarest. Por tanto, no sorprende que la autodefinición étnico-religiosa de Israel, y su discriminación hacia los “extranjeros” internos, haya tenido mayor relación con las prácticas que se observaron en Rumanía, tras la caída del imperio de los Habsburgo, de lo que cualquiera de las partes quisiera reconocer.

Israel: ¿un proyecto de este tiempo?

El problema con Israel no es, como a menudo se sugiere, que sea un “enclave” europeo en el mundo árabe; sino más bien que ha llegado demasiado tarde. Ha importado un proyecto separatista, característico de finales del siglo XIX, a un mundo que ha progresado, un mundo de derechos individuales, de fronteras abiertas y de Derecho Internacional. La concepción misma de un “Estado judío”, en el que los judíos y la religión hebrea tengan privilegios exclusivos de los que la población no judía nunca podrá beneficiarse, está anclada en otra época y en otros lugares. Israel es un anacronismo.

Sin embargo, Israel es conceptualmente distinto de los inseguros y defensivos micro-Estados que nacieron del colapso imperial: es una democracia. Ahí radica su dilema actual. Debido a su ocupación de las tierras conquistadas en 1967, Israel se enfrenta en la actualidad a tres elecciones poco atractivas. Podría desmantelar los asentamientos judíos en estos territorios, volver a las fronteras estatales de 1967, dentro de las cuales la población judía es claramente mayoritaria y, de esta forma, mantenerse tanto como Estado judío y como democracia —aunque sea una democracia que cuenta con una comunidad constitucionalmente anómala de ciudadanos árabes de segunda clase—.

Como alternativa, Israel podría seguir ocupando Samaria, Judea y Gaza, cuya población árabe —junto con la que vive en el Israel actual— se convertirá inevitablemente en un plazo de cinco a ocho años en mayoría demográfica. En éste último caso, Israel se vería obligado a elegir ser o un Estado judío (con una mayoría creciente de población no judía sin el derecho de sufragio) o una democracia. Pero no podrá ser las dos cosas.

Otra posibilidad sería que Israel mantuviese el control sobre los Territorios Ocupados, pero deshaciéndose de la aplastante mayoría de la población árabe mediante la expulsión forzada o limitando su acceso a las tierras y a su subsistencia, dejándoles como única opción el exilio. De esta forma, Israel podría mantenerse tanto como Estado judío como, al menos formalmente, un Estado democrático: pero al precio de convertirse en la primera democracia moderna que ejecute un programa de limpieza étnica a gran escala como proyecto de Estado, algo que

condenaría para siempre a Israel al estatus de Estado forajido, convirtiéndolo en un paria internacional.

Cualquiera que considere que esta tercera opción es absolutamente inconcebible para un Estado judío no ha observado la progresión en la construcción de los asentamientos ni la expropiación de terrenos en Cisjordania a lo largo de los últimos 25 años; ni ha oído a generales y políticos de la derecha israelí, algunos en el actual gobierno. En la política actual israelí, el centro está en manos del Likud. Su mayor componente es el que fuera partido de Menachem Begin, el Partido Herut. El Herut es el sucesor de los Sionistas Revisionistas de Vladimir Jabotinsky, del periodo de entreguerras, cuya intransigente indiferencia ante las sutilezas legales y territoriales le ganaron el título de “fascista” por parte de los sionistas de tendencias más izquierdistas. Cuando el vice primer ministro israelí, Ehud Olmert, afirma con orgullo que su país no ha descartado la posibilidad de asesinar al presidente electo de la Autoridad Palestina, se puede considerar que esta descripción se ajusta mejor que nunca a la realidad. Siendo el asesinato político una opción del fascismo.

La posición de EEUU

La situación de Israel aún no es desesperada, pero podría estar muy cerca de llegar a perder todo atisbo de esperanza. Los terroristas suicidas jamás lograrán quebrar el Estado de Israel, y los palestinos carecen de otras armas. Existen árabes radicales que no descansarán hasta que todos los judíos hayan sido empujados al Mediterráneo, pero no suponen una amenaza estratégica a Israel, y los militares israelíes son conscientes de ello. Lo que los israelíes más sensatos temen, por encima de Hamás o de la Brigada Al Aqsa, es la aparición paulatina de una mayoría árabe en el “Gran Israel” y, ante todo, la erosión de la cultura política y la moral cívica de su sociedad. El conocido político del partido Laborista, Avraham Burg, afirmó “tras dos mil años de lucha por la supervivencia, la realidad de Israel es la de un Estado colonial dirigido por una elite corrupta que se burla y desprecia la ley y la moralidad cívica”.² Si la situación no cambia, en media década Israel corre el riesgo de dejar de ser judía y democrática.

Es en este momento cuando entra en escena EEUU. El comportamiento israelí ha supuesto un auténtico desastre para la política exterior estadounidense. Con el apoyo de EEUU, Jerusalén ha hecho caso omiso, de forma patente y persistente, a toda resolución de Naciones Unidas que exigiese su retirada de los territorios conquistados y ocupados en situación de guerra. Israel es el único Estado de Oriente Medio, que se conozca, que posee verdaderas y letales armas de destruc-

*Israel es el
único Estado
de Oriente
Medio, que se
conozca, que
posee
verdaderas y
letales armas
de
destrucción
masiva*

² Ver el ensayo de Avraham Burg, “La révolution sioniste est morte,” en *Le Monde*, 11 de septiembre de 2003. El autor, que fuera responsable de la Agencia Judía, fue presidente del Knesset (el Parlamento israelí) entre 1999 y 2003. En la actualidad es un parlamentario del Knesset, por el partido Laborista. Su ensayo fue publicado por primera vez en el periódico israelí, *Yediot Aharonot*; y más tarde en numerosas publicaciones como *Forward* (29 de agosto de 2003) y *The Guardian* (15 de septiembre de 2003).

ción masiva. Con su política de mirar hacia el otro lado, EEUU ha conseguido desbaratar sus propios esfuerzos, cada vez más desesperados, por evitar que tales armas caigan en manos de otros pequeños Estados potencialmente beligerantes. El apoyo incondicional de Washington a Israel, incluso a pesar de sus (calladas) reticencias, es el motivo principal por el que la mayoría del resto del mundo ya no cree en la buena fe estadounidense.

Aquellos con conocimiento de causa, reconocen tácitamente que los motivos por los que EEUU hizo la guerra en Irak no fueron necesariamente los esgrimidos en su momento.³ Para muchos en el Gobierno actual de EEUU, una de las principales consideraciones estratégicas fue la necesidad de desestabilizar y reconfigurar Oriente Medio de una forma considerada favorable para Israel. Pero, la historia no ha terminado. Ahora se generan comentarios beligerantes respecto a Siria, porque los servicios de inteligencia israelíes han asegurado que armas iraquíes podrían haber sido trasladadas a este país (una afirmación que carece de pruebas y de otras fuentes que la corroboren). Es muy probable que Siria apoye a Hezbolá y a la Yihad Islámica, enemigos acérrimos de Israel, pero suponen una amenaza internacional de poca envergadura. No obstante, Damasco ha ofrecido a EEUU información importante sobre Al Qaeda. Al igual que Irán, otro objetivo tradicional de la ira israelí al que se aliena de forma activa, Siria es más útil para EEUU como aliado que como enemigo. ¿Qué guerra estamos luchando?

El 16 de septiembre de 2003, EEUU vetó una resolución del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas que exigía que Israel desistiese de su amenaza de deportar a Yasser Arafat. Incluso los funcionarios estadounidenses reconocían *off the record* que la resolución era prudente y razonable, y que los pronunciamientos crecientes por parte del liderazgo actual israelí al restaurar la figura de Arafat en el mundo árabe, suponen un importante obstáculo para la paz. Pero EEUU bloqueó la resolución, minando aún más su credibilidad como mediador honesto en la región. Los amigos y aliados de EEUU ya no se sorprenden por acciones de este tipo, pero les entristece y les decepciona.

Los políticos israelíes han contribuido de forma activa a sus propios males desde hace varios años. ¿Por qué se sigue ayudando y excusando sus errores? En el pasado EEUU intentó presionar a Israel, sin gran convicción, con la amenaza de retirar de su paquete de ayudas anuales parte de los fondos que se destinan a subsidiar los colonos en Cisjordania. Sin embargo, la última vez que se pretendió usar esta estrategia, durante el Gobierno de Clinton, Jerusalén logró superar el escollo al definir estas partidas como "gastos de seguridad". Washington decidió aceptar el subterfugio, por lo que de los 10.000 millones de dólares estadounidenses en ayudas para cuatro años, percibidos entre 1993 y 1997, fueron retirados menos de 775 millones de dólares. El programa de los asentamientos siguió adelante sin mayores contratiempos. Hoy en día ni siquiera se intenta frenar.

Esta reticencia a hablar o a actuar no beneficia a nadie. Además, ha logrado corroer el debate interno en EEUU. En lugar de tratar la cuestión de Oriente Medio

³ Ver la entrevista con el secretario adjunto de Defensa, Paul Wolfowitz, en la edición de julio de 2003 de la revista *Vanity Fair*.

de forma razonable, los políticos y “sabios” estadounidenses se limitan a calumniar a los aliados europeos cuando los propósitos de estos difieren de los suyos, hablan de forma simple e irresponsable del resurgimiento del antisemitismo cuando se critica a Israel, y reprimen de forma virulenta a toda personalidad pública nacional que intente salirse del consenso.

¿Qué alternativas?

Pero la crisis en Oriente Medio no desaparecerá así como así. Es muy probable que el presidente Bush brille por su ausencia en todo este proceso a lo largo del próximo año, tras haber dicho lo mínimo sobre la Hoja de Ruta en junio para contentar al primer ministro británico Tony Blair. Pero, antes o después, algún estadista estadounidense tendrá que decirle la verdad a un primer ministro israelí, y tendrá que encontrar la forma de hacerse escuchar. Los liberales israelíes y los palestinos más moderados llevan dos décadas insistiendo, sin éxito alguno, en que la única esperanza se base en el desmantelamiento israelí de la mayoría de los asentamientos, y en una vuelta a las fronteras de 1967 a cambio del reconocimiento real por parte árabe de estas fronteras y de un Estado palestino libre de terroristas garantizado (y vigilado) por instituciones occidentales e internacionales. Éste sigue siendo el consenso convencional que, en su momento, fue considerado como una solución justa y factible.

Pero sospecho que ya es demasiado tarde para esto. Hay excesivos asentamientos y colonos judíos, y demasiados palestinos. Además viven todos juntos, aunque separados por alambradas y leyes de tránsito. Independientemente de lo que sostiene la Hoja de Ruta, el plan de ruta real es el que existe sobre el terreno y éste, tal y como afirman los israelíes, refleja los hechos. Puede que más de un cuarto de millón de colonos judíos, fuertemente subvencionados y armados, abandonen la Palestina árabe de forma voluntaria, pero no conozco a nadie que crea en ello. Muchos de estos colonos prefieren morir, y matar, antes que trasladarse. El último político israelí que disparó contra judíos en nombre de la política de Estado fue David Ben-Gurion, que desarmó por la fuerza la milicia ilegal de Begin, el Irgun, en 1948, y lo incorporó a las nuevas Fuerzas de Defensa Israelíes. En todo caso, Ariel Sharon no es Ben-Gurion.⁴

Ha llegado la hora de pensar en lo impensable. La solución basada en dos Estados —la base del proceso de Oslo y de la actual Hoja de Ruta— podría ya estar condenada al fracaso. Con cada año que pasa se retrasa una decisión inevitable y cada vez más difícil, que hasta la fecha tan sólo han reconocido, y cada una por sus propios motivos, las facciones más extremas tanto de la derecha

⁴ En 1979, tras los acuerdos de paz suscritos con Anwar Sadat, el primer ministro Begin, y el ministro de Defensa Sharon, ordenaron que el Ejército cerrase los asentamientos judíos en los territorios que pertenecían a Egipto. La encolerizada resistencia de algunos colonos fue superada mediante el uso de la fuerza, aunque nadie resultase muerto. Pero entonces el Ejército se enfrentaba a unos tres mil extremistas, y no a un cuarto de millón, y las tierras disputadas estaban situadas en el desierto del Sinaí, y no en la Samaria y Judea bíblicas.

como de la izquierda. La verdadera alternativa a la que se enfrenta Oriente Medio en los próximos años será entre un Gran Israel étnicamente limpio, y un único e integrado Estado binacional de judíos y árabes, de israelíes y palestinos. Esta es la decisión que se plantean los partidarios de la línea más dura del gabinete de Sharon, y es por lo que consideran que la eliminación de los árabes es la condición necesaria para la supervivencia de un Estado judío.

Pero, ¿y si en el mundo actual no hubiese cabida para un Estado judío? ¿Qué pasaría si la solución binacional no fuese cada vez más probable, sino verdaderamente un desenlace deseable? No es un planteamiento tan extraño. La mayoría de los lectores de este artículo viven en Estados pluralistas que hace ya mucho tiempo que se convirtieron en Estados multiétnicos y multiculturales. La "Europa cristiana", con perdón del señor Valery Giscard d'Estaing, es cosa del pasado. La civilización occidental contemporánea es una abigarrada mezcla de colores, religiones e idiomas, de cristianos, judíos, musulmanes, árabes, indios, en otros, tal como puede constatar cualquiera que visite Londres, París o Ginebra.⁵

Israel es en sí una sociedad multicultural, al menos en la práctica; pero sigue siendo distinta a otros Estados democráticos por la utilización de criterios étnico-religiosos para diferenciar y categorizar a sus ciudadanos. Es una rareza entre las naciones modernas no por ser un Estado judío en un mundo en el que nadie quiere que tengan un Estado propio, tal y como afirman sus seguidores más paranoicos; sino porque es un Estado judío en el que una comunidad (la judía) se posiciona por encima de los demás, en una época en la que un Estado de estas características no tiene lugar.

Israel: ¿bueno para los judíos?

Durante muchos años, Israel gozaba de especial significado para el pueblo judío. Después de 1948 acogió a cientos de miles de supervivientes desprovistos de todo, y sin otro lugar al que dirigirse. Sin Israel su situación habría sido extremadamente desesperada. Israel necesitaba judíos y los judíos necesitaban a Israel. De esta forma las circunstancias de su nacimiento han vinculado, de forma inextricable, la identidad de Israel con la de la *Shoah*, el proyecto alemán para el exterminio de la población judía en Europa. Por consiguiente, toda crítica sobre Israel se remite, ineluctablemente, al recuerdo de aquel proyecto, algo que los apologistas estadounidenses de Israel hacen con demasiada frecuencia. Se asimila criticar al Estado judío a tener prejuicios sobre los judíos. Incluso, imaginar configuraciones

⁵ Albaneses en Italia, árabes y africanos de color en Francia, la población oriunda del subcontinente asiático en Inglaterra, todos siguen siendo objeto de hostilidad. Una minoría de votantes en Francia o Bélgica, o incluso Dinamarca y Noruega, brindan su apoyo a partidos políticos cuya hostilidad hacia la inmigración es a menudo su único programa político. Pero comparado con la situación de hace treinta años, Europa es un abigarrado lienzo de ciudadanos iguales, lo cual es, sin duda, la forma de su futuro.

alternativas a la situación de Oriente Medio se percibe como consentir el equivalente moral del genocidio.

Tras la II Guerra Mundial, los millones de judíos que no vivían en Israel se mostraban a menudo reconfortados por su mera existencia —ya porque la consideraban una póliza de seguro contra el antisemitismo, o sencillamente para recordar al mundo que los judíos podían luchar y que se defenderían—. Antes de que existiese un Estado judío, las minorías judías en las sociedades cristianas vivían discretamente y mantenían un bajo perfil. Desde 1948 podían andar con la cabeza bien alta. No obstante, en los últimos años, y por desgracia, la situación ha dado un giro realmente trágico.

Hoy en día, los judíos no israelíes se encuentran de nuevo expuestos a las críticas, y son vulnerables a ser atacados por cosas que no hicieron. Pero esta vez es un Estado judío, y no cristiano, el que les responsabiliza de sus propias acciones. Los judíos de la diáspora no tienen gran influencia sobre la política israelí pero se les identifica implícitamente con estas políticas, en parte debido a las exigencias insistentes de Israel hacia su lealtad. El comportamiento del autodenominado Estado judío incide sobre la forma en la que se percibe a los judíos en el resto del mundo. El aumento de los ataques en Europa y otras partes del mundo contra intereses judíos es atribuible, en primer lugar, a los esfuerzos mal encaminados, a menudo por parte de jóvenes musulmanes, de tomarse la revancha contra Israel. La deprimente realidad es que el comportamiento actual de Israel no es nocivo tan sólo para EEUU. Tampoco es que sea malo sólo para Israel, tal y como asienten silenciosamente muchos israelíes. La deprimente verdad es que en la actualidad Israel es una realidad negativa para los judíos.

En un mundo en el que las naciones y los pueblos se relacionan cada vez más entre ellos; en el que los obstáculos culturales y nacionales a la comunicación han desaparecido prácticamente; donde cada vez somos más quienes gozamos de múltiples identidades entre las que elegir, y donde nos sentiríamos limitados siuviésemos que responder ante tan sólo una de ellas; Israel resulta un anacronismo. No es sólo un anacronismo sino que es, además, un anacronismo disfuncional. Ante el “choque de culturas” actual, entre democracias libres y pluralistas y entre Estados beligerantes e intolerantes impulsados por la fe y el concepto de etnia, Israel corre un alto riesgo de entrar en el grupo equivocado.

Convertir a Israel de Estado judío a Estado binacional no sería fácil, aunque puede que tampoco sea tan imposible como parece. De hecho, el proceso ya ha empezado. Pero, causaría una disrupción mucho menor para la mayoría de los judíos y árabes de lo que sus enemigos nacionalistas y religiosos proclaman. En todo caso, nadie tiene una idea mejor: todo el que crea que esta controvertida valla eléctrica que se está construyendo en la actualidad va a resolver algo, se ha perdido los últimos cincuenta años de historia. La “valla” —en realidad una zona armada de zanjas, vallas, sensores, caminos de tierra (para que resalten las huellas de las pisadas) y un muro de hasta algo más de ocho metros y medio de alto en algunas partes— ocupa, divide y roba tierras agrícolas árabes; destruirá pueblos, fuentes de ingresos y lo que queda de la comunidad árabe-judía. Cuesta aproximadamente un millón de dólares estadounidenses por milla y no aportará mucho más que humillación e incomodidad a ambos bandos. Al igual que el Muro

*La
deprimente
verdad es que
en la
actualidad
Israel es una
realidad
negativa para
los judíos*

de Berlín, es la confirmación visible de la quiebra moral e institucional del régimen que pretende proteger.

Un Estado binacional en Oriente Medio necesitaría un liderazgo valiente y persistentemente comprometido por parte de EEUU. La seguridad de judíos y árabes por igual debería ser garantizada por una fuerza internacional —aunque para un Estado binacional legítimamente constituido sería mucho más fácil ejercer labores de policía contra los militantes de todo tipo que se encuentren dentro de sus fronteras que cuando están libres para infiltrarlas desde fuera, pudiendo recurrir a una comunidad enfurecida y excluida que existe a ambos lados de la frontera—. ⁶ Un Estado binacional en Oriente Medio necesitaría que surgiese, entre árabes y judíos por igual, una nueva clase política. La idea misma supone una combinación poco prometedora de realismo y utopía, lo cual no sería el mejor punto de partida posible. Pero, siendo sinceros, las alternativas son mucho peores.

⁶ Tal y como destaca Burg, la política actual de Israel es el mejor reclamo para reclutar a los terroristas. “Somos indiferentes al devenir de los hambrientos y humillados niños palestinos; entonces, ¿cómo es que nos sorprendemos cuando explotan bombas en nuestros restaurantes? Incluso si matásemos a 1.000 terroristas al día no cambiaría nada”. Ver Burg, “*La révolution sioniste est morte*”.